

PADRE NUESTRO

2026

Meditación (día 37)

Continuamos en la Segunda Semana de los Ejercicios Espirituales. Y durante esta semana, como hemos ido meditando, San Ignacio busca disponer el alma del ejercitante a la luz de Nuestro Señor Jesucristo, a la luz de sus Palabras y de sus acciones, es decir, a la luz de la enseñanza de Jesucristo y a la luz de su ejemplo.

En este sentido, Jesús aparece como norma concreta de orden, como realización perfecta del [23] Principio y Fundamento, del plan de Dios para el hombre, de modo tal que el alma, contemplando a Jesucristo, meditando los Misterios de Su Vida, cumpliendo su Palabra, logre compenetrarse con Él, logre familiarizarse con Jesucristo y así sea más fácil su imitación. Por este motivo, junto con las Meditaciones principales, San Ignacio nos propone distintas escenas de la vida pública de Jesús, dentro de las cuales podemos considerar la enseñanza del **Padre Nuestro**.

Siguiendo el modelo ignaciano proponemos los preámbulos de la Meditación.

En primer lugar, como siempre, recordar ponerse en la presencia de Dios, como lo dice el mismo San Ignacio:

[75] *3ª adición. La 3ª: un paso o dos antes del lugar donde tengo de contemplar o meditar, me pondré de pie por espacio de un Pater noster, alzado el entendimiento arriba, considerando cómo Dios nuestro Señor me mira, etc., y hacer una reverencia o humiliación.*

Oración preparatoria:

[46] *La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.*

Como preámbulos de nuestra Meditación, el primer preámbulo será considerar la historia; historia que a su vez nos servirá de composición de lugar.

La historia: (Lc 11, 1-4).

Un día Jesús estaba orando en cierto lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos». Él les dijo: «*Cuando oréis, decid: Padre, sea santificado tu Nombre, venga tu Reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a aquellos que nos ofenden, y no nos dejes caer en la tentación.*».

Nuestro Señor Jesucristo es la verdad y el modelo a seguir. Es la **verdad**, porque como afirma santo Tomás de Aquino, Jesús «nos reveló en sí mismo el camino de la verdad por

el cual podemos llegar a la bienaventuranza»¹. Jesús mismo en su persona nos revela este camino de verdad para alcanzar la felicidad eterna, la bienaventuranza, el Cielo, y en consecuencia, por revelar este camino de verdad, Él se convierte en nuestro **modelo** a seguir.

Por eso el mismo Santo sostiene que uno de los motivos por los cuales el Verbo se ha encarnado es en relación «al buen obrar, en el que se nos ofreció como ejemplo»², como modelo. Jesús se ofrece como modelo del buen obrar del hombre, y es precisamente entonces en esta función de verdad y de modelo, de ejemplo, que una de las lecciones de Jesucristo será **la oración**.

Por eso si tenemos que hablar de la oración y de Jesús, lo primero que debemos decir es que **Jesús nos enseñó con su ejemplo**. Es exactamente lo que manifiesta el texto del Evangelio de San Lucas. El pasaje comienza diciendo: «*Jesús estaba en un lugar orando*». Como bien sabemos, no es la primera ni la última vez que Jesús se encuentra en oración dirigiéndose al Padre. Son numerosos los pasajes de los Evangelios que nos manifiestan esto. Por ejemplo, antes de elegir a sus Apóstoles, para dar gracias después de la multiplicación de los panes, antes de resucitar a Lázaro, en el Huerto de los Olivos y en la Cruz.

Pero Jesús no solamente reza, al mismo tiempo **nos enseña a rezar**.

Impresionado y atraído por el ejemplo de Jesús, al verlo sumergido en la oración y viendo que había terminado, el evangelista continúa su relato: «...*uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar*». Entonces, como respuesta directa a la petición del discípulo, Nuestro Señor confió a su Iglesia la oración cristiana fundamental: **el Padre Nuestro**.

Por tanto, no se trata sólo de una oración dirigida a Dios, sino de una oración dada por el mismo Dios. Es el mismo Jesús, el Hijo de Dios, quien nos la enseñó. Y por esto, San Agustín decía:

Si recorres todas las palabras de las oraciones contenidas en la Sagrada Escritura, según pienso, no encontrarás ninguna que no esté contenida y resumida en esta oración que nos enseñó el Señor.

Y el Catecismo de la Iglesia no duda en llamarla «La síntesis de todo el Evangelio»³.

Por tanto, si tenemos que meditar de esta oración, considerando esta importancia que tiene, la gracia que tenemos que pedir:

Petición:

[48] 2º *preámbulo*. El segundo es demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo; y aquí será, profundizar nuestro conocimiento de la oración del Padre Nuestro, para que esta oración se convierta en criterio de todas mis oraciones y en criterio de todas mis acciones, especialmente en el vivir la caridad.

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, Prólogo.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, q. 1, a. 2, co.

³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2761.

PUNTOS

Para los puntos de esta Meditación, tomaremos parte del comentario del Padre Nuestro que realiza Santo Tomás de Aquino⁴.

1º PUNTO: EL PADRE NUESTRO COMO CRITERIO DE NUESTRA ORACIÓN

Santo Tomás afirma:

La oración dominical es la principal entre todas las oraciones, pues tiene cinco cualidades que se requieren en la oración. La oración debe ser **segura, recta, ordenada, devota y humilde**.

Comentemos brevemente cada una de ellas.

a- La oración debe ser **segura**, de modo que nos acerquemos con confianza al Trono de su Gracia, como dice la Carta a los Hebreos⁵. Esta oración también debe realizarse con fe íntegra, como dice el Apóstol: «*Pide con fe no dudando nada*»⁶.

Aplicándolo al Padre Nuestro, aplicando esta condición de seguridad, podemos decir que el Padre Nuestro es una oración segurísima, pues ha sido compuesta por Nuestro Abogado, por Jesucristo, en Quien están todos los tesoros de la sabiduría. Además, parece más segura por el hecho de que Quien escucha la oración junto al Padre, es el mismo que nos la enseñó. San Cipriano afirmará que:

Es amistosa, familiar y devota oración, el rogar al Señor empleando su mismo lenguaje.

Rezar utilizando las mismas palabras que Jesús nos enseñó porque Él es el verdadero Dios.

b- La oración debe ser **recta**, de modo que el orante pida al Señor las cosas que le convienen. Santo Tomás⁷ advierte:

Muchas veces no es escuchada la oración porque se piden cosas inconvenientes, como dice el Apóstol⁸: «*Pedís y no recibís, porque pedís mal*».

Saber qué hay que pedir es muy difícil, porque es muy difícil saber qué se debe desear.

Pero en esta oración esto no sucede, pues es el mismo Cristo quien ha sido el Maestro. Los discípulos le dijeron: «*Señor enséñanos a orar*»; por tanto, aquellas cosas que Él mismo nos enseñó a pedir se piden en esta oración con toda rectitud. Y San Agustín⁹ aplicando esto, este criterio de rectitud del Padre Nuestro a toda otra oración dice:

Si oramos recta y convenientemente, cualesquiera palabras que digamos, no diremos otra cosa que lo que hay en esta oración dominical.

⁴ Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario al Padre nuestro*. Partes: Prólogo, “Padre”, “Nuestro”.

⁵ Cf. Hb 4, 16.

⁶ Cf. St 1, 6.

⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Teológica*, «Parte IIª-IIae – Cuestión 83, Artículo 5».

⁸ St. 4, 3.

⁹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Teológica*, «Parte IIª-IIae – Cuestión 83, Artículo 9».

La oración del Padre Nuestro comienza a aparecer como criterio de nuestra oración. Cuando hacemos bien la oración, cuando la hacemos rectamente, es porque de algún modo estamos sirviéndonos del criterio que hemos adquirido en esta oración del Padre Nuestro para rezar.

c- La oración debe ser **ordenada**, el orden debido está en que al desear y orar, prefiramos las cosas espirituales a las cosas terrenas y corporales, las celestiales a las terrenas.

Santo Tomás recuerda las Palabras de Nuestro Señor¹⁰ en el Discurso de la Montaña: «*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura*». (**Mt 6, 33**).

Precisamente, Jesús nos enseñó a guardar este orden en el Padre Nuestro. En primer lugar, pedimos las cosas celestiales, «*venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad*»; y después pedimos las terrenas, «*Danos hoy nuestro pan de cada día*».

d- La oración debe ser **devota**, porque la devoción hace que el sacrificio de la oración sea acepto a Dios. La oración es presentada como un sacrificio y para que este sacrificio sea agradable, debe hacerse con devoción. Sin embargo, advierte y explica Santo Tomás:

La devoción con frecuencia se puede debilitar por la extensión. Jesús mismo nos enseñó a evitar el hablar en exceso durante la oración, porque Jesús dijo: «*Cuando oréis no habléis mucho*». (**Mt 6, 7**)

San Agustín enseña:

Esté lejos de la oración el hablar mucho, mas no falte la constante súplica si persevera una intención ferviente.

Teniendo presente la devoción y el peligro mencionado, el Señor instituyó esta breve oración.

e- La oración debe ser **humilde** y lo enseña la Sagrada Escritura reiteradamente; así «*Miró a la oración de los humildes*» (**Sal 102 (101),18**); o el Libro de **Judit 9, 16** que dice: «*A ti siempre te agradó la oración de los humildes y de los mansos*»; y en el Evangelio es el mismo Señor que nos ofrece el ejemplo de la Parábola del Publicano y el Fariseo (**Lc 18, 9-14**), donde se oponen los distintos modelos de oración, la oración del humilde y la oración del soberbio.

Humildad que ciertamente se guarda en el **Padre Nuestro**, pues la verdadera humildad se da cuando uno no presume nada de sus propias fuerzas, sino que espera impetrar, que espera pedirlo todo del Poder Divino; es precisamente la disposición que encontramos en el Padre Nuestro.

De este modo, como afirma el Catecismo de la Iglesia¹¹ citando a Santo Tomás de Aquino:

La oración dominical es la más perfecta de las oraciones(...) En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo.

¹⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Teológica*, «Parte IIª-IIae – Cuestión 83, Artículo 6».

¹¹ CIC 2763.

De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad¹².

Teniendo presente esto, podemos pensar ¡cuántos bienes nos ha concedido ya Dios a través de esta oración y cuántos más desea concedernos!; pero por otra parte, debemos preguntarnos con sinceridad: ¿qué lugar ocupa el Padre Nuestro en mi vida?, ¿lo rezo cada día con la conciencia y el amor de un hijo hacia su padre?

Alguno podría decir: «Padre, yo rezo todos los días, pero con mis propias palabras». Está muy bien porque toda oración sincera tiene valor ante Dios; sin embargo, no podemos olvidar que el Padre Nuestro es la oración perfectísima enseñada por Jesús. Por eso al respecto de esto, el Catecismo de la Iglesia nos ofrece un consejo valiosísimo:

Por tanto, cada uno puede dirigir al cielo diversas oraciones según sus necesidades, pero comenzando siempre con la oración del Señor que sigue siendo la oración fundamental¹³.

¿Y por qué comenzar con la oración del **Padre Nuestro**? Porque de alguna forma esta oración abre, inicia nuestra oración con las mismas Palabras de Jesucristo, de modo tal que al hacerlo no sólo dispone la escucha de Dios Padre como si escuchase a su Propio Hijo, sino también dispone nuestra inteligencia, nuestra voluntad y todo lo que deseamos según la Voluntad Divina.

Por eso, teniendo como criterio la oración del Padre Nuestro, también podemos examinar **nuestra oración personal**, cualquiera de nuestras oraciones. Podemos preguntarnos: ¿mi oración personal es *segura* en cuanto que es confiada y la hago con fe en Dios?, ¿mi oración es *recta* en el pedir lo que verdaderamente me conviene?, ¿mi oración es *ordenada* pidiendo primero las cosas espirituales y después las cosas materiales?, ¿mi oración es *devota y humilde* como un hijo debe hablar a su padre? El criterio del Padre Nuestro como modelo de toda nuestra vida de oración.

2º PUNTO: EL PADRE NUESTRO COMO CRITERIO DE NUESTRAS ACCIONES, ESPECIALMENTE DE LA CARIDAD

Pero no sólo podemos ver la oración del Padre Nuestro como criterio de nuestra oración. Por eso como segundo punto proponemos la meditación del Padre Nuestro como **criterio de nuestras acciones especialmente de la caridad**, porque nuestra oración debe convertirse en acción y esta acción exige el vivir la caridad.

La caridad que es el amor a Dios y el amor al prójimo, dice Santo Tomás, se manifiesta ya en las dos primeras palabras de la oración, «Padre» y «Nuestro». Para insinuar el **amor divino** llamamos **Padre** a Dios, y para insinuar el **amor al prójimo** oramos en general por todos diciendo «**nuestro**» y perdónanos «**nuestras**» ofensas, lo cual nos dispone al amor del prójimo.

¹² SANTO TOMÁS DE AQUINO, 2-2. 83, 9.

¹³ CIC 2761.

Ahora bien, para ejercitarnos en esta caridad hacia Dios y hacia el prójimo es importante considerar qué es lo que debemos a Dios y qué es lo que debemos al prójimo. Es precisamente lo que Santo Tomás analiza comentando las palabras «Padre» y «Nuestro».

Acerca de la palabra «Padre», Santo Tomás dirá:

A Dios debemos cuatro cosas:

- a. Primero, a Dios debemos *el honor*. Honor a Dios que se ejercita a través de nuestra relación con Dios, con nosotros mismos y con el prójimo. Por eso, afirma que el honor consiste *en la alabanza* en cuanto Dios; la cual no debe ser solamente de boca, sino también con el corazón. *En la pureza del cuerpo*, en cuanto a sí mismo. *En la justicia*, en cuanto al prójimo.

Cumpliendo todo este honor comenzamos a vivir la caridad.

- b. Segundo, debemos *imitación*, porque es nuestro Padre. ¿Qué debemos imitar de Dios? Imitar su *amor*; su *misericordia*, pues el amor debe ir acompañado de misericordia: «*Sed, pues, misericordiosos*» (Lc 6, 36). Y su *perfección*, porque el amor y la misericordia deben ser perfectos: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5,48).
- c. Tercero, a Dios le debemos *obediencia*. Por el *dominio* que tiene sobre nosotros, pues Él es nuestro Señor. Por el *ejemplo* que nos ha dado, porque el mismo Hijo de Dios se hizo obediente al Padre hasta la muerte. Y, finalmente, por nuestra *utilidad*, es decir, por la innumerable cantidad de beneficios que se siguen de obedecerlo.
- d. Finalmente, debemos *aceptar con paciencia sus castigos*: «*Hijo mío, no desdeñes la instrucción del Señor, ni desfallezcas cuando te corrija. Pues el Señor corrige al que ama y se complace como un padre en su hijo*» (Prov 3,11-12).

Cumpliendo todas estas cosas que debemos a Dios, nuestra caridad hacia Él aumenta, crece conforme a su Voluntad.

Acerca de la palabra «Nuestro», Santo Tomás dirá:

- a. Primero, les debemos *amor*, pues son hermanos nuestros, ya que todos son hijos de Dios: «*Quien no ama a su hermano al que ve, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve?*» (1 Jn 4, 20).
- b. Segundo, también les debemos *respeto*, porque son hijos de Dios: «*¿Acaso no es él Padre de todos nosotros? ¿Acaso no nos creó Dios? ¿Por qué, pues, cada uno de vosotros desprecia a su hermano?*» (Mal 2, 10).

A nuestro prójimo debemos amor y respeto; de esta manera, cumpliendo lo que es debido, también nos ejercitamos en la caridad considerando la deuda con nuestro prójimo. Todo sirve para nuestro provecho porque, como dice el Apóstol San Pablo: «*no tengáis con nadie deuda, sino el amaros unos a otros. Porque quien ama al prójimo, ha cumplido la ley*». (Rm 13,8)

Y San Juan Crisóstomo comentando el Evangelio de San Mateo afirma:

No hemos de ser hijos de Dios sólo por la gracia sino también por las obras. Ahora bien, nada se asemeja tanto a Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos como el estar siempre prontos y dispuestos a la caridad.

Justamente por esto cada una de las peticiones del Padre Nuestro es una oración común: «Padre Nuestro», «venga a nosotros», «danos hoy», «perdona nuestras ofensas», «no nos dejes caer», «líbranos del mal». Jesús constantemente nos mandó usar el plural a fin que no quede rastro de ira contra nuestro prójimo, sino que brille nuestra caridad¹⁴.

Por eso acerca de este punto, podemos detenernos a meditar el Padre Nuestro como criterio de nuestras acciones. Por tanto: ¿soy coherente con mi oración?; lo que rezo, la meditación del Padre Nuestro, ¿busco vivirlo?; ¿mi oración se convierte en propósitos para mejorar en la caridad con Dios y con el prójimo?

Precisamente una señal de que estamos rezando bien, es que nuestra oración comienza a hacerse vida. Una señal de que estamos rezando bien, es que las verdades con las que Dios me ilumina y la bondad con la que mueve mi voluntad no se echan a perder, sino que se concretizan en acciones.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

[54] *Acabar la meditación con un coloquio a Dios Padre, terminando con un **Padre nuestro.***

Terminamos esta Meditación del Padre Nuestro con un coloquio a Dios Padre y concluirla con el rezo del Padre Nuestro, recordando las palabras de San Alfonso María de Liguorio que decía:

Salvarse sin orar es difícilísimo, más aún imposible... pero si se ora, salvarse es algo segurísimo y facilísimo.

Si no oramos, no tenemos excusa, porque la gracia de orar se da a cada uno... Si no nos salvamos, toda la culpa será nuestra, porque no habremos orado.

Pidamos por tanto a María Santísima, nuestra tierna Madre, que nos recuerde siempre la importancia de la oración, especialmente la del **Padre Nuestro**, para que cumpliendo la Voluntad de Dios en nuestras vidas y libres de todo mal y de toda tentación, podamos alcanzar el Cielo que Dios ha prometido para todos los que lo aman.

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

¹⁴ Cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre el Evangelio de San Mateo*, Homilía 19,7.